Leí la carta de Pablo y se la dejé leer, esperando que la dureza con que respecto á ella se expresaba, le serviría de lección; pero no fué así; pareció apenas fijarse en lo que á ella le concernía, y elogió con calor las ideas y sentimientos de la carta.

—¡Es todo un hombre!—decía á cada nueva frase;—tiene un gran corazón, es un héroe forrado de santo.

La llegada de Dubois puso fin á su entusiasmo; el herido había soportado la operación. Nelatón había quedado satisfecho del éxito; pero no respondía de la vida del herido. Mr. de Valvonne vino á buscarnos un instante después.

—Hay que consentir—dijo—en que os vea á las dos. Está agitado porque dice que no cumplo las órdenes que me ha dado antes del duelo, y el mismo médico ha encargado que no se contrarien los deseos del enfermo, que acaso dentro de breves horas no tendrá ya voluntad.

Seguimos al Vizconde á la estancia del Marqués. A través de su palidez sonrió á Cesarina, y su mirada manifestó gratitud. Pablo, que estaba sentado á la cabecera de la cama, se alejó como si no hubiera visto á Cesarina. Comprendí que ocuparme de mi sobrino en aquel momento era casi

felicitarlo por haber escapado á la suerte que arrebataba á su adversario.

Cesarina se acercó al lecho de su pobre vasallo; el médico de cabecera viendo que se trataba de asuntos íntimos, pasó á otra estancia, y Mr. de Valvonne hizo entrar en aquella en que estábamos al otro testigo del Marqués y á los dos de Pablo, á los que había rogado que se quedasen.

Entonces nos hizo acercar á todos al lecho del herido, y dijo en voz baja, pero clara:

—Antes de ver á los testigos de Mr. Gilbert, el señor marqués de la Rivonniere nos había dicho:

—«No quiero ninguna clase de arreglo; no puedo asegurar que no tenía intención hostil al hacer lo que he hecho, ni menos dejar de profesar un odio personal á mi adversario. El modo con que se me ha presentado después de mi ultraje, prueba que es hombre de corazón y á la vez delicado, porque en nuestro diálogo no se ha mezclado ninguna palabra grosera. No sé si mi adversario es hábil en el manejo de las armas; pero tengo el presentimiento de que la suerte estará de su parte. Por todo esto habría en mí cobardía al retroceder. Arregladlo, pues, y si la suerte me es contraria, ofreced mis disculpas á Mr. Gilbert. Le diréis que después de nuestro lance yo no me hubiera vuelto

á mezclar en sus asuntos, respetando su vida por razones fáciles de comprender; y si muero sin poder hablar se lo diréis en presencia de los testigos y de las personas de mi cariño, que estarán presentes en mi última hora.» Esperemos, que ésta no ha llegado aún, y que el Marqués vivirá. Pero era deber mío cumplir estas órdenes dadas por él.

Todas las miradas se volvieron hacia el Marqués, que pareció aprobar con la vista lo dicho por su amigo.

Comprendimos entonces que debíamos dejarle descansar, y salimos de la estancia, donde quedaron Pablo, el Vizconde y el médico, porque tal era el deseo del Marqués, que se expresaba por signos.

Cesarina no quiso salir de la casa y escribió á su padre, anunciándole esta desgracia y rogándole que viniese á reunírsela. En cuanto él llegó, yo corrí á casa de Margarita á fin de prevenirla sobre lo que acababa de pasar. Pablo me había hecho decir por su amigo que fuese á verla, y pasado el primer momento de sorpresa, la entregase la carta de perdón que le había escrito.

Por vez primera ví á Margarita comprender la dureza del carácter de Pablo. La verdad fué penetrando en su alma á la par que el arrepentimiento, y yo procuré disimularle la gravedad del Marqués, porque la encontré suficientemente castigada.

Me hizo leer dos ó tres veces la carta de Pablo, la cubrió de besos y de lágrimas y tuve que permanecer dos horas á su lado para tranquilizarla, para responder á sus innumerables preguntas, á las que quería ajustar su nueva vida.

—Decidme—murmuraba—yo no debo recibir ni ver á nadie sin que Pablo lo sepa, ni aún á Mlle. Diétrich.

—Precisamente con Mlle. Diétrich debéis concluir desde hoy de una manera absoluta, y devolverle sus encajes; yo me ocuparé de proporcionaros labor no menos lucrativa, y además es preciso que Pablo sepa que trabajáis porque no tenéis lo necesario para vivir.

—Se matará á trabajar.

—Yo velaré porque no trabaje, y conocerá que hay circunstancias en que no debe rehusar mis beneficios.

—¡Oh! no, no le digáis nada, yo había aceptado su pobreza con alegría; debo ser dichosa con ella; yo volveré á ser lo que he sido, no escucharé las quejas de la Ferón. ¡Si no está contenta con nosotros que se vaya! Pero decidme, ¿por qué Pablo está disgustado de las bondades de Mlle. Diétrich

para conmigo? Esa es una cosa que no comprendo.

A punto estuve de iluminar á Margarita sobre los peligros que para ella encerraba la protección de Cesarina; sin embargo, ¿quién se fiaba de la discreción de una persona tan espontánea, de tan poco mundo? Sus celos, una vez provocados, podrían traer nuevas complicaciones. Odiaba á las dos rivales que su imaginación le creaba; no hubiera reconocido freno al conocer á una verdadera.

Preciso era, pues, callar, y callé. Le recordé que Pablo no quería intervención en sus medios de existencia, puesto que rehusaba los míos, y mademoiselle Diétrich era una extraña para él y no quería agradecer sus favores.

—Dadme los encajes—exclamé—y el dinero que habéis recibido adelantado; yo me encargo de devolverlo, y mañana tendréis aquí la otra labor que os he prometido y que pasará por mis manos, sin que su dueño tenga que entenderse con vos.

Me hizo el sacrificio que exigía, y debo confesar que me pareció que respiraba dichosa como quien se quita un peso de encima, al no tener que agradecer nada al Marqués; como había en ella más de niña que de mujer, casi podía asegurarse que sintió más la pérdida de la sortija que la de la finca.

Al bajar encontré á Pablo, que subía á ver á su familia un momento, para volver al lado del Marqués. Cesarina se había vuelto á casa con su padre; el Marqués estaba cada vez peor, y Mr. Diétrich no quería que su hija presenciase aquella agonía.

Encontré á Cesarina muy agitada. Obstinada en sus caprichos, había esperado una noche de emociones con Pablo á la cabecera del moribundo, y sin embargo lloraba sinceramente al Marqués. Decía que le debía sus cuidados hasta el último momento, que no podía comprometerla esta solicitud, porque todos los amigos y parientes que rodeaban al enfermo conocían la pureza de su amistad por él, y no podían hallar extraña su asistencia.

—Y aun cuando la criticasen—exclamó—ante un deber que cumplir no debe hacerse caso de la opinión, á menos de ser egoísta. No comprendo que mi padre no me haya permitido quedar, mucho más pudiéndose quedar él conmigo, lo que hubiera evitado cualquiera hablilla. Todo el mundo sabe que él estima al Marqués. Difícil será que no vuelva á verle; yo espiaré su salida, y si va allí le obligaré á llevarme ó me encontrará allí á los pocos momentos de entrar él.

Así lo hubiera hecho si Dubois no hubiera venido á decirnos que el enfermo había experimen-

tado una mejoría sensible. Había dormido, el pulso no era tan débil, y si no sobrevenía un acceso de fiebre, se había salvado.

Nos dijo que después de detener largo rato en su compañía á Mr. Valbonne y á Mr. Gilbert, les había rogado que le dejaran solo con un médico y su familia, que se componía de una tía, una hermana y su cuñada, que advertidos por telegrama de lo que pasaba, habían llegado de fuera aquella misma tarde. El médico tenía alguna esperanza; pero la fundaba sobre todo en su reposo absoluto. El Marqués dió gracias á todos los que le habían asistido y visitado, y Dubois vino á decirnos lo que ocurría, ofreciendo traernos noticias del enfermo tres veces al día.

La mejoría se sostuvo, pero todo anunciaba que la curación sería lenta; el pulmón estaba lesionado y el enfermo debía permanecer inmóvil y mudo evitándole la más pequeña emoción durante algunas semanas, algunos meses quizá.

Cesarina, viendo que el destino se encargaba de quitar de su camino el único obstáculo que encontraba, volvió imperturbable á su obra y cayó de improviso en el hogar de Pablo; éste estaba en casa, ella lo sabía, y entró resueltamente sin hacerse anunciar.

—Ahora que nuestro enfermo está casi salvado—dijo dirigiéndose á Pablo, sin más preámbulo que haber estrechado la mano á Margarita y sentádose á su lado—creo que puedo pensar en mí y venir á buscar á mi enemigo personal para desarmar su odio ó saber al menos la razón de él.

Este enemigo sois vos, Mr. Gilbert, y vuestra hostilidad es antigua, pero en estos últimos tiempos ha tomado tales proporciones, que debo recordaros la carta escrita á vuestra tía la víspera del duelo; comprenderéis que las frases que en ella estampáis no puedo admitirlas sin discusión.

—Si me permitís una palabra—repuso Pablo con irónica dulzura—os haré comprender que no debo traer á discusión delante de Margarita recuerdos que le son penosos y de que no debe cuenta á nadie más que á mí. Permitid, pues, que se retire y vaya á cuidar de su hijo, para que yo solo sufra el peso de vuestro rencor.

Esto era todo lo que deseaba Cesarina, sin que lo sospechase Margarita, que confiaba en que su hermosa protectora disiparía las prevenciones de Pablo, y ella podría verla y tratarla sin incurrir en su desagrado.

—Puesto que habéis querido hacer nuestra explicación más fácil—dijo Cesarina en cuanto se ha-

lló á solas con Pablo—será más clara y más corta. Sé la inconcebible locura que se ha apoderado de la mente de mi pobre Paulina, y os acuso como autor de ella.

—Ignoro lo que queréis decir.

—Ya comprendo que no habéis de ser tan franco que confeséis la verdad, pero yo os evitaré esa confesión, porque no puedo soportar más tiempo la horrible situación de que soy víctima. Vuestra tía, que ha sido un ángel para vos y para mí, tiene el defecto de ser, y vos lo habréis podido observar alguna vez, en extremo exaltada, solícita hasta hacer desgraciados á los que ama, y cuanto más los ama más los atormenta; de este modo me atormenta á mí desde hace siete años. Desesperada al ver que no quiero á nadie ni quiero casarme, ha logrado que mi padre participe de sus ansiedades; y si yo no tuviera sobre él más ascendiente que sobre ella, su obstinación me hubiera hecho desgraciada. Como no hay perfección sin algún defecto, yo quiero á Paulina con ese defecto que hasta ahora no había alterado mi quietud; pero os lo he dicho, desde hace algún tiempo me mortifica, y por eso acudo hoy á vos; ¿me comprendéis?

—Todavía no.

—Creo que sí; pero queréis que me explique

hasta el fin, lo que no es generoso por parte vuestra. No obstante, tendré audacia para ello, aunque os parezca una enormidad en boca de una mujer. Sin embargo, es posible que al concluir de hablar no sea yo la más confusa de los dos, Mr. Gilbert. Vuestra tía supone que yo abrigo por vos una pasión desairada, y vos lo creéis también. Ya veis que yo no me avergüenzo al decíroslo y vos os inmutáis; yo sería muy ridícula á vuestros ojos ahora, si completamente serena, no viera que quien está en ridículo sois vos.

Pablo no esperaba este nuevo género de ataque, y estaba verdaderamente turbado, pero se repuso en breve y exclamó:

—Siento, Mlle. Diétrich, que vengáis escudándoos con una falsedad para saber lo cierto. Si mi tía hubiera cometido el error de que habláis, y me lo hubiese comunicado á mí, yo no estaría en ridículo, sino en el caso en que hubiese sacado partido de ello mi vanidad. Si, por el contrario, esa noticia me hubiese contrariado, el ridículo no sería para mí. Pero tranquilizaos; ni mi tía ni yo hemos creído nunca que abrigaseis otra pasión que la de jugar con hombres, bastante simples para creerse objeto de vuestra atención.

—Esa es ya una confesión de los comentarios

á que os entregáis respecto á mí en esta casa.

—¿En esta casa? Dejad á un lado á Margarita en todas vuestras suposiciones. La habéis fascinado; la pobre niña ruega quizá á Dios en este momento por nuestra reconciliación. En cuanto á mí, no pienso defenderme de haber estado por un momento irritado contra vos, como indica mi carta, y no es necesario suponerme de una fatuidad exagerada para descubrir la causa de mi disgusto. Creo respecto de vos lo que mi tía; que sois bastante bondadosa y liberal por el gusto de serlo; pero esto no os justifica á mis ojos de un defecto insoportable, el de favorecer á las gentes contra su gusto, para obligarlas á vos. Estáis educada en una atmósfera de bendiciones interesadas que os ha trastornado, é ignoráis que, cuando los beneficios se quieren imponer, en lugar de un favor se hace una ofensa. Desde que mi tía vive al lado vuestro, habéis intentado sin cesar acercarme á vos de una ó de otra manera, prodigarme vuestros beneficios, y mi negativa os ha ofendido como una rebelión. Me lo habéis hecho sentir por medio del sarcasmo cuando tuve la debilidad de presentarme en vuestra casa; pero en aquella breve entrevista os aprecié y os juzgué mucho mejor que os había juzgado mi tía en tantos años. Habéis intentado

persuadirme de que mi alejamiento os causaba un gran pesar, y al efecto hicisteis una comedia de un gusto dudoso, mortificando vuestro orgullo, que yo no la tomase por lo serio. De seguro que esta contrariedad se disiparía en el primer rigodón; pero vuestros caprichos de reina no se disipan sino después de conseguidos. Habéis hecho los imposibles para obligarme á caer de rodillas ante vos, tratando al efecto de apoderaros de mi pobre compañera, y perderla en mi ánimo, lo que hubierais conseguido á no tener yo tanta sangre fría; pero ahora os digo:

«No quiero deberos nunca nada; no tendréis el gusto, ni de aligerar mi trabajo ni de ayudar á vivir á mi hijo; no os apoderaréis de mi hogar, de mis secretos, de mis afecciones; no ocultaré mi nido en una rama escondida para preservarle de vuestras limosnas, pero os las devolveré con insistencia, y aunque las traigáis en persona, os diré lo que ahora os digo: Volveos, y ya que no respetéis á los otros, respetaos á vos misma.»

Cualquiera otra que Cesarina hubiera quedado aterrada; pero ella había previsto ya todo lo peor y acudía al combate con valor extraordinario. En lugar de parecer humillada, tomó un aire de ingenua sorpresa, guardó silencio un instante, y después repuso:

—Acabáis de hablarme con demasiada severidad—y esto lo dijo con aquel aire de dulzura que era su arma más irresistible.—Yo había venido aquí animada por el despecho, pero me habéis hecho un favor y saldré preocupada, reflexiva. ¿Será cierto que soy una niña mimada y casi embriagada por la dicha de hacer bien? ¿Es posible que los beneficios puedan ser un elemento de corrupción? Se ha dicho alguna vez que el orgullo es la virtud de los santos; ¿querré santificar la vida por la caridad, y habré perdido la modestia para ejercitarla? Preciso es que sea algo de eso, puesto que tan cruelmente os he ofendido. Entre el orgullo que ofrece y el orgullo que rechaza, hay quizá un medio que ni vos ni yo hemos sabido encontrar: todo es posible y creed que meditaré mucho sobre ello, dándoos gracias por haberme proporcionado este rayo de luz: ¡qué queréis! á los favorecidos por la suerte no se nos dice nunca la verdad. Ahora comprendo que me he extralimitado de mi derecho al quererme interesar por un pobre niño, y es posible que haya ofendido vuestro amor propio con un sentimiento generoso; pero tranquilizaos, pues en lo sucesivo no pasaré á nada sin interrogarme profundamente: no tendré la coquetería de la virtud, mataré mis simpatías y aprenderé discrección. Perdonadme los pesares que os he causado, Mr. Gilbert; desenojad á vuestra tía, cuyo cariño estoy amenazada de perder, y decidle que en adelante no tome sueño por realidades; decid también á Margarita que deseo sinceramente el logro de sus deseos, porque vos me habéis dado una lección muy útil y creo que á vuestra vez podéis recibir un buen consejo. Casaos con Margarita, legitimad á vuestro hijo; habéis conquistado ese derecho con las armas en la mano, y todo derecho impone un deber.

—A mi vez, señorita, os daré otro que no vale menos que el vuestro. Sé por los amigos del señor Marqués, que vuestros caprichos han hecho á éste muy desgraciado, y puesto que hay esperanza de salvarle, recompensadle casándoos con él.

—Pensaré en ello y gracias—dijo estrechando con cordialidad la mano de Pablo.

Salió y cerró la puerta tras sí, prohibiendo á Pablo que la acompañase, con tan exquisita atención, con tan imponente ademán, que el joven quedó, á pesar suyo, mudo y paralizado. No estaba vencido, y sin embargo, se sentía vacilar, no la temía, pero hubiera querido observarla de nuevo bajo aquella nueva fase con que se le acababa de presentar.

Habló de ella con dulzura á Margarita y sin le-

vantar su prohibición, dejó á ésta esperar que acaso un día volvería á ver á la hermosa Diétrich; por vez primera empleó cierta dulzura al pronunciar este nombre, porque por primera vez Cesarina, prudente y dulce, le había parecido realmente hermosa. Aquel día Cesarina había dado verdaderamente en el blanco, librándose del ridículo de la pasión no correspondida; habíase librado de esta humillación en que estribaba la fuerza de su antagonista y había disminuído su confianza en mí.

Pablo tenía ahora dudas sobre la lucidez de mi juicio, y creía que quizá había querido yo prevenirle contra un peligro imaginario; así, pues, prohibió á Margarita que me hablase de la visita de Cesarina á fin de no alarmarme de nuevo.

El Marqués parecía entrar en convalecencia, cuando sobrevino una complicación que puso de nuevo en peligro su vida; entonces Cesarina concibió un proyecto inesperado y de que no me dió cuenta basta que estuvo casi resuelto.

—Sabrás—me dijo—que antes de dos semanas seré Marquesa de la Rivonniere; ¡vamos, tranquilízate, que no te dé un ataque de nervios! Te convencerás de que esto es lógico cuando sepas lo que ha pasado hace tres días. Mr. de Valvonne, que es el mejor amigo del Marqués, ha venido á verme de

su parte y me ha dicho: «No hay que hacerse ilusiones; una consulta de los primeros médicos ha declarado esta mañana que el mal es incurable, que el Marqués vivirá tres meses todo lo más: se ha ocultado á su familia este parecer de los profesores, pero nos lo han dicho á Dubois y á mí, aconsejándonos que si el enfermo tiene algo que arreglar que le vayamos inclinando á ello. Esas precauciones eran inútiles: Santiago se sintió herido de muerte desde el primer instante y aguarda su fin con un valor estóico: á las primeras palabras que he aventurado ha cogido mi mano de un modo que parecía quererme decir: estoy pronto; y con una indicación me señaló dónde tenía sus papeles. Le he preguntado si tenía alguna recomendación que hacerme; ha significado que sí, y apoyando sus labios en mi oído ha murmurado: heredera Cesa.....

—«Comprendo; ¿queréis decir que instituís por heredera á Cesarina Diétrich?

»Nueva señal de afirmación.

—»No aceptará—le dije;—es rica, y no necesita de vuestra fortuna.

—»Sí—dijo;—matrimonio *in extremis*.

»Le he hecho precisar su resolución, preguntándole de nuevo:

—»Creéis que aceptará vuestro nombre y vuestros bienes en vuestro último instante?

—»Sí.

—»Nadie puede asegurar que la última hora supuesta por un médico en un moribundo sea la primera de su restablecimiento. No habiendo querido ser vuestra compañera Cesarina ¿creéis que se arriesgue á serlo por una eventualidad?

»Yo hablaba así para darle una esperanza que no tenía ni él tampoco, y con los ojos me señaló mi sombrero y la puerta.

—»¿Queréis que vaya á preguntárselo? — le dije.

»Me hizo con la mano una señal de impaciencia, y aquí estoy. No arriesgáis nada con ser su mujer; ni lo seréis ya más que ante la ley.

»Pregunté á Mr. Valvonne por qué el Marqués tenía ese deseo extraño de darme su nombre, porque en cuanto á su fortuna, tengo yo bastante con la mía y no había de frustrar las esperanzas de sus parientes, y el título de Marquesa no tiene para mí más atractivo que el de particular enriquecida por los buenos negocios de mi padre.

—»Hacéis mal—me dijo—en desdeñar las ventajas que el mundo otorga al rango, á un nombre ilustre; sin perder nada de la independencia que

disfrutáis, tendriais los privilegios de la nueva posición que hoy se os ofrece.

—»No es de eso de lo que habéis de hablarme—repliqué—sino del bien que yo pueda hacer con mi determinación á nuestro amigo. Vos que conocéis todos sus pensamientos, decidme si me engañaba cuando afectaba ante mí que no lastimaba su amor propio su papel de aspirante perpétuo.

—»Por el contrario, le era muy sensible—me dijo Mr. de Valvonne—y tengo la certidumbre de que su muerte se dulcificaría al verse libre de tan ridículo papel.

—»¡En ese caso acepto!

—»Eso es digno y generoso por vuestra parte. Voy á ver al instante á vuestro señor padre.

—»Vamos juntos; estoy segura de su consentimiento.»

Fuimos á ver á mi padre y ha cedido por otros motivos que los míos; dice que mi reputación se ha visto algo comprometida por las asiduidades del Marqués; y aunque esto no tiene importancia para mí, que desprecio siempre la calumnia, y creo que, cuando una mujer es pura, puede revolcarse en el cieno sin mancharse, ha sido una razón más para ceder; y he aquí, Paulina, por qué te decía que voy á ser Marquesa de la Rivonniere.

Esto no estaba muy en mis sentimientos, y hallé en aquella buena acción, como ella la calificaba, algo de terrible: la necesidad para Cesarina de temblar apenas se indicase la menor mejoría en su marido. Si contra todas las previsiones curaba, ¿no le odiaría? y si se prolongaba su enfermedad, ¿no sentiría la misión que se había impuesto?

Ofendióse de mis dudas, y me dijo con altivez que yo no la había conocido nunca.

—Esto—me dijo—es consecuencia de las manías que tienes metidas en esa cabeza y de que tengo yo la culpa por haberte permitido hasta llegar á discutir en ciertas materias. Te has llegado á persuadir de que yo quería á todo trance casarme con tu señor sobrino y sigues figurándote que, si me caso con otro, voy á tener el corazón desgarrado de pesares. Mi querida Paulina, esa es una novela que ha podido exaltarte, porque eres algo romántica, pero yo soy más positivista que tú, y ya me cansa. Si necesitas datos para tranquilizarte te permito pensar que he querido siempre al Marqués de la Rivonniere, y que ha sido una torpeza en mí dejártelo ignorar.

Desde el momento que la ví anular con una negativa cuanto había dicho á su padre y á mí, no tenía nada que replicar. Publicáronse los edictos, é

informé á Pablo que no manifestó ninguna sorpresa, porque veía con frecuencia á Mr. Valvonne, y por él había sabido y aprobaba la conducta de Cesarina. Entonces me refirió la explicación que entre ambos había mediado, dándome á entender, aunque embozadamente, que yo había tenido algo de culpa en el papel ridículo que había él desempeñado en aquella intriga; yo lo creí hasta el punto de quererme persuadir de que Cesarina se había burlado de mis terrores, que no había tenido por Pablo más que una de tantas veleidades tan frecuentes en ella y que podía ser sin riesgo Marquesa de la Rivonniere. Así, pues, ¡victoria en toda la línea! Y nadie, ni aun el mismo Pablo, se atrevía ya á desconfiar de ella.

La debilidad extraordinaria del Marqués se disipó durante aquellas fórmulas obligatorias. Por otra parte, su mal había cambiado de aspecto; el pulmón había mejorado y permitía al enfermo hablar algo y pasar algunas horas sentado en su sillón. La enfermedad iba tomando un carácter misterioso que desafiaba á la ciencia; la sangre circulaba mal, pero la cabeza estaba segura á pesar de una fiebre contínua. En cambio la hipocondría se iba apoderando del enfermo; el estómago no funcionaba y las noches trascurrían sin sueño. Ma-

nifestaba gran impaciencia, gran agitación, por más que todos estuviesen atentos á prevenir su deseo.

Su familia, en cuanto se le anunció el matrimonio, pareció mortificada y empezó á hablar mal de Cesarina; pero ésta les tranquilizó en breve haciendo constar en el contrato matrimonial que no aceptaba del Marqués más que su nombre y no quería ser usufructuaria más que de su palacio, si es que alguna vez le daba el capricho de ocuparlo.

Desde entonces la familia estuvo de parte de Cesarina y todo París se ocupó de su generoso desprendimiento.

La víspera de firmar el contrato, firmóse otro secreto entre Cesarina y el Marqués, siendo testigos Mr. de Valvonne, Mr. Diétrich, su hermano, el otro testigo que asistió al duelo y yo, contrato extraño, original, que no podía ser garantido más que por la buena fe del Marqués y por su palabra empeñada.

Por una parte, el Marqués, con generosidad nunca vista, exigía que Cesarina siguiera viviendo con su padre, diciendo que no quería tenerla por testigo de su agonía, exigiéndola sólo una visita diaria; y en el caso inesperado de curar, se obligaba á no vivir con su mujer, y á no verla siquiera

si ella no lo consentía. Ambas cláusulas fueron leídas, aprobadas y firmadas.

Como no se podía trasladar al herido, decidióse que el matrimonio se celebraría en su misma casa; el alcalde del distrito fué en persona á casa del Marqués, é invitóse también á los más íntimos amigos y parientes á presenciar la ceremonia. El Marqués quiso que uno de los testigos fuese Pablo y otro el vizconde de Valvonne.

Debíamos reunirnos á mediodía en el palacio del Marqués: Cesarina llegó un poco antes de la hora; estaba hermosa, como nunca, con un traje tan rico en realidad, como sencillo en apariencia, y se había compuesto el rostro con la expresión dulce de que sabía revestirle en ciertas ocasiones. No llevaba más alhajas que un grueso collar de perlas. Su prometido le había enviado la víspera un magnífico estuche, que ella llevaba en la mano. El enfermo no se había presentado aun, porque por orden del médico, había exigido que no se le sacase de su cuarto hasta el momento oportuno.

Cesarina se encaminó en derechura á Mad. de Montherme, su futura cuñada, que entraba en aquel momento, y entregándole el estuche que tenía en la mano murmuró:

—Tomad esto y guardadlo, son los diamantes